

JUAN C. CAMPILLO

Cuando el peor adversario eres tú

Que Djokovic es genio y figura no hay ninguna duda, sólo hay que ver su palmarés. Que es pasional e imprevisible pero también humano y educado lo demuestran muchos gestos que ha tenido en su carrera, tiernos, solidarios. Por ejemplo, sin mirar muy atrás, el del pasado domingo: al despedirse dando la mano a su rival Pablo Carreño tras ser descalificado en el US Open. Un adiós inesperado y estrambótico. Increíble pero cierto. Que su acción en el US Open ha sido involuntaria es un hecho, pues en ningún momento trata de golpear con la bola al juez.

Ahora bien, dicho lo anterior, hay que tener presente también que Novak es un referente social, además de gran tenista. Y eso implica muchas responsabilidades. Y una de ellas es la obligación de un comportamiento ejemplar, pues es un reflejo que siguen millones de deportistas y personas en todo el mundo, incluidos niños. Significa que esa influencia, y liderazgo, cuando te sigue mucha gente, debe ser ejercida con responsabilidad y ejemplo. Aquí es donde el entrenamiento mental y emocional cobra relevancia.

Desde el plano psicológico, antes de la descalificación puede observarse cómo Djokovic va perdiendo el autocontrol. Se nota en su mirada y en sus gestos. Tuvo una primera reacción descontrolada, al impactar una bola en la grada lateral. Entonces ya estaba acumulando una tensión excesiva que a un deportista no sólo no le permite rendir bien, como se demostró en el juego, sino tampoco controlar sus impulsos. Una máxima del alto rendimiento psicológico es el nivel de activación y tensión

Una máxima del alto rendimiento es el nivel de activación: no debe ser bajo ni excesivo

en un deportista, que no debe ser ni bajo ni excesivo, como en este caso.

Y lo curioso es que Djokovic ha trabajado la mente, como ha reconocido. Pero si de humanos es fallar a veces, de campeones y sabios lo es rectificar como ha hecho. Por eso ha reflexionado con buen criterio y comentado que se arrepiente. El mayor obstáculo para un deportista (pero que también puede ser su mejor aliado) es él mismo. Su mente, con sus miedos y temores o debilidades. En esas situaciones tensas y adversas es donde hay que dar la talla. Por eso no se debe olvidar el enorme mérito de Pablo Carreño, que fue quien desencadenó ese episodio.

Juan Carlos Campillo es psicólogo y 'coach' deportivo y autor del libro *El Entrenador Mental*.



Ansu Fati, con el balón durante el partido del pasado domingo en el Alfredo di Stéfano ante la selección de Ucrania. EMILIO NARANJO / EFE

Con querencia al gimnasio

SELECCIÓN. Ansu Fati ha sorprendido también dentro de la concentración / Cada rato libre era para afinar sus músculos / Su padrino ha sido Busquets y su hermano mayor, Eric García

EDUARDO J. CASTELAO MADRID Tras el partido de Alemania, durante todo el fin de semana, desde la Ciudad del Fútbol, más blindada de lo habitual para los periodistas por culpa (o gracias, en versión de los jugadores más veteranos) al coronavirus, salían unos susurros, mudados en voces con el paso de las horas: «Lo que se está diciendo de Busi es una vergüenza!», frase que necesita algo de traducción. Busi es como llaman dentro de la selección a Busquets, esto ya es más o menos sabido, y «lo que le están haciendo», que escrito así parece muy grave, no es si no una serie de críticas deportivas a su actuación en el empate del jueves pasado. Dos pérdidas de balón y una primera parte desafortunada fueron referidas por la prensa. Es decir, fue criticado por lo que hizo dentro del campo. Entonces, ¿a qué viene tanto enfado en la selección por esas críticas?

La respuesta hay que buscarla en quien ha sido la gran noticia de esta concentración. Cómo no, hasta en esto tiene algo que ver Ansu Fati, desde el domingo el goleador más precoz de España. «Es que la labor que hace Busi, y que no siempre se ve, es importantísima para el grupo, tanto dentro como fuera del campo», contaban algunos empleados cercanos al equipo. Ahí está la

clave, al menos esta vez: «fuera del campo». Porque Busi, Busquets, ha sido el padrino de Ansu Fati. «Llegó con él de la mano y se marchó con él de la mano», refería un viejo miembro del complicado ecosistema que rodea al equipo. Y claro, al margen de que Busquets se haya ganado el derecho a fallar, que se lo ha ganado con 117 partidos internacionales y actuaciones memorables, el hecho de haber contribuido, de un modo decisivo, a la tutela del extremo del Barça en su primera incursión en la absoluta le concede la veneración general.

De la mano de Busquets, pero también de Eric García, ha vivido Ansu Fati (17 años) su debut en una concentración. El central del Manchester City coincidió con el extremo en las categorías inferiores del Barça, y seguramente se reúnan este verano en el primer equipo (al menos esa es la intención de García). «A Eric se le ve mucho más maduro, y por eso ha sido como su hermano mayor estos días», refiere alguien que ha convivido con ellos estos días. En Las Rozas hablan del chico con una mezcla de entusiasmo y prudencia forzada. Ha sorprendido la tranquilidad y la humildad del chaval, y un detalle: cada rato libre que tenía lo utilizaba para ir al gimnasio. Eso, ir al gimnasio, es

una cosa que la mayoría de futbolistas empiezan a hacer por obligación cuando ya están en la élite. Es difícil ver a un juvenil en el gimnasio. No era el caso de Ansu, tímido también ante el buffet. Más verdura que pasta y más pescado que carne. Así, claro, mide 1,78 y pesa 66 kilos.

En la Federación, pues, están como un niño con zapatos nuevos,

En los despachos de marketing, ven en él una figura de las que engorda contratos

Luis Enrique, más allá de sus declaraciones públicas, pide prudencia con el chico

que de vez en cuando conviene recordar viejas expresiones. Son conscientes que la selección, hoy, es algo muy lejano, cuando no ajeno completamente, para la afición. Y, como ocurre habitualmente, más allá de, por supuesto, los resultados, son figuras icónicas las que atraen la

atención del público. Lejos de la versión coral que suponían Iniesta, Xavi, Busquets, Alonso, Villa, Torres, etc..., cada uno por sí mismo una estrella, hoy, España, no tiene ninguna. Acaso Ramos, pero a sus 34 años no se puede pensar en él como la imagen del futuro, por muy imprescindible que sea en el presente.

Un fogonazo como el de Fati ha removido incluso los papeles en los despachos del equipo de marketing, que observan en él (joven, carismático, de origen humilde y sonrisa fácil) uno de esos argumentos que engordan los contratos de publicidad y patrocinio, contratos que han ido adelgazando desde 2014 hasta hoy, coincidiendo, claro, con la devaluación deportiva del grupo. En ese Mundial de Brasil estaban empresas potentísimas como Iberdrola, Movistar, Cruzcampo, Cepsa, Gillette, Nissan... con contratos estratosféricos. Hoy, Caixabank, Seat y Finetwork, patrocinadores principales, sujetan una estructura mucho más modesta. Recuperar la anterior pasa porque alguien como Ansu Fati explote. «Lo hará, el chico es una bomba», vaticinan en los despachos. «Veremos», responde en privado Luis Enrique, ilusionado con el chico, sí, pero prudente: «Es un niño, no hay que precipitarse, le queda mucho por aprender».